

con bastante frialdad el fracaso del proyecto de conferencia y luego exhortaba al país á que continuara siendo «confiado en su derecho y enérgico en su fuerza.» En la lucha que está á punto de estallar, decía, no tenemos más que dos intereses: la conservación del equilibrio general y la de la obra que hemos contribuído á fundar allende los Alpes. Y terminaba su mensaje calificando con una sola frase su actitud futura, que sería de una *neutralidad vigilante*. Cuando el Sr. Rouher se hubo sentado, los diputados aplaudieron. ¿Podían acaso negar su aprobación á aquel programa desinteresado y honrado, desarrollado con aparente claridad y con un acento de equitativa moderación no exenta de grandeza? Pero cuando al día siguiente leyeron con calma la carta imperial, vieron que no les decía nada de lo que tanto les habría gustado saber: la única cosa cierta era que iba á estallar en Europa una gran guerra; todo lo demás quedaba envuelto en tinieblas. Una hipótesis sobre todo resultaba alarmante; pero tan inverosímil se juzgaba, que no se paraban á meditar sobre ella: la hipótesis de que el equilibrio europeo fuese destruído, no por atentados sucesivos, sino de la noche á la mañana, á consecuencia del fulminante destino de una batalla, y destruído de tal manera que no fuese ya posible reconstituirlo ni restaurarlo.

Mientras Napoleón se entretenía con estas declaraciones, Manteuffel avanzaba al través del Holstein, ocupaba en 10 de junio Itzehoe, población en donde estaban convocados los Estados, y cerraba el salón en donde habían de celebrarse las sesiones. En el entretanto, Glablenz se retiraba hacia Hamburgo, aplazando con su retirada por algunos días las primeras hostilidades. Bismarck, ansioso de precipitar el desenlace, acordóse del proyecto de reforma federal que en 9 de abril había presentado á la Dieta y sobre el cual nada se había resuelto todavía, y en 10 de junio comunicó á los Estados alemanes una exposición de sus miras acerca de las instituciones futuras de Alemania: Austria quedaría excluída de la nueva combinación; se crearían dos grandes comandancias militares generales, una para el Norte á favor de Prusia, y otra para el Sur á favor de Baviera; y, finalmente, se convocaría un parlamento elegido por sufragio universal.

Las continuas provocaciones de Prusia habían acumulado en Viena tesoros de cólera, y los consejeros de Francisco José, en el colmo de la indignación, estaban á punto de convertirse á su vez en provocadores. En 11 de junio, el Austria, fundándose en el hecho de haber penetrado los prusianos en el Holstein, recurrió á la alta jurisdicción de la Dieta y pidió la movilización de todos los cuerpos de ejército federales. La discusión se fijó para el 14 de junio: aquel día debía ser el último de la Confederación germánica, el último de la antigua Alemania. El conde Karolyi y el Sr. de Werther habían abandonado ya Berlín y Viena respectivamente. Aun estando previsto el resultado, la magnitud de las circunstancias daba á aquella reunión suprema un ca-

rácter solemne y conmovedor. Grande era la ansiedad, sobre todo entre los representantes de los Estados secundarios, los cuales, por lo mismo que en la lucha se jugaba su existencia, hacían aun en aquellos momentos esfuerzos inauditos para concertar conciliaciones desesperadas. Apenas abierta la asamblea, el plenipotenciario prusiano, Sr. de Savigny, levantóse á protestar contra la competencia de la Dieta, por cuanto la situación del Austria en el Holstein no estaba, en su concepto, determinada por el derecho federal; pero su protesta no fué atendida y se dió comienzo á la votación, siendo Baviera la primera en votar. La situación de ésta era en extremo singular: durante mucho tiempo Prusia había intentado arrastrarla en pos de sí, explotando los celos que de Viena tenía y dejándole vislumbrar una especie de hegemonía en la Alemania del Sur. El jefe del gabinete de Munich, Sr. de Pfordten, había sido en un principio admirador de Bismarck, pero luego, presintiendo sus designios, había procurado moderarlo, y tres días antes aún le escribía: «La paz y la guerra están en vuestras manos. Como alemán, os ruego que interroguéis por última vez vuestra conciencia antes de pronunciar la palabra decisiva cuyas consecuencias son incalculables.» El gobierno bávaro, obligado á declararse en un sentido ó en otro, votó por la movilización; Hanóver y Sajonia siguieron su ejemplo, aunque no sin experimentar una cruel angustia, porque estando uno y otro en la vecindad inmediata de Prusia, habían de ser los primeros en sufrir los ataques de ésta; Wurtemberg, Baden, el Hesse electoral, el Hesse ducal y Brunswick-Nassau se pusieron también al lado del Austria. Los demás pequeños Estados votaron con Berlín, lo propio que las ciudades libres, excepción hecha de Frankfurt. La proposición austriaca fué aprobada por nueve votos contra seis. Mas apenas terminado el escrutinio, levantóse el representante de Prusia y en nombre del rey, su señor, declaró que ya no existía el pacto federal.

Interesábale á Prusia entrar en campaña antes de que pudieran concentrarse los contingentes de los confederados, así es que en cuanto se recibió en Berlín el telegrama de Savigny dando cuenta del resultado de la votación de la Dieta, envióse un ultimátum á Sajonia y al Hanóver intimándoles que rectificaran su voto reciente, que volvieran á poner sus fuerzas en pie de paz y que se adhiciesen al proyecto prusiano de reforma federal, y concediéndoles un plazo de doce horas para someterse. Uno y otro Estados por toda respuesta apelaron ante la Dieta y solicitaron el auxilio del Austria y de Baviera. El 16 de junio se rompieron las hostilidades, é Italia, fiel al tratado de 8 de abril, declaró á su vez la guerra y pocos días después su ejército pasó el Mincio. La lucha ardía en toda la Europa central, desde el Po hasta el Elba; en el entretanto, Napoleón, ajustándose á su declaración de 12 de junio, permanecía en una neutralidad vigilante. ¿Pero se trataba realmente de neutralidad vigilante? Un porvenir próximo iba á destruir todos los cálculos de la política imperial y á incluir entre los vencidos á la misma potencia que no había luchado.

## LIBRO TRIGÉSIMO

### FRANCIA DESPUÉS DE SADOWA

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—Estado de Prusia en el momento de romperse las hostilidades: motivos que hacen dudar de sus éxitos.—El Sr. de Bismarck y el Sr. de Moltke.—Conducta con respecto á Francia, con respecto á los Estados del Norte y con respecto á los Estados del Sur: cómo se concentran todas las fuerzas en contra de Austria: plan de campaña y ejecución del mismo.—Derrota de los italianos en Custoza (24 de junio de 1866).—Prodigiosa rapidez de la campaña de Bohemia: combates diversos: gran victoria de los prusianos en Sadowa (3 de julio de 1866).
- II.—Impresión pública en Francia al tenerse noticia de la batalla de Sadowa.—Austria cede el Véneto á Francia y solicita la mediación de Napoleón.—Sendos despachos del emperador al rey de Prusia y al rey de Italia.—¿Qué carácter tendrá la mediación francesa?—Memorable consejo celebrado en Saint-Cloud y resultado del mismo.
- III.—Acogimiento que en el cuartel general prusiano se hace á la propuesta de una mediación por parte de Francia: despecho y perplejidad: respuesta solícita en apariencia y, en el fondo, dilatoria.—Acogida que esta propuesta merece en Italia: cómo y por qué motivos se revuelven los italianos contra su buena suerte.—El Sr. Nigra se esfuerza desde París para calmar al rey, á los ministros, á los generales: escaso resultado de sus advertencias: el ejército italiano invade el Véneto.—Recurso que quedaba á Francia: idea de un Congreso: sus probabilidades: la sugestión es desestimada.
- IV.—M. Benedetti en el cuartel general prusiano: situación singular del embajador de Francia: sus entrevistas con el Sr. de Bismarck y disposición del primer ministro prusiano.
- V.—Estado de las cosas en París: corrientes diversas: la Corte: el emperador.—Esta situación favorece los manejos del Sr. de Goltz: sus entrevistas con el emperador: el embajador prusiano prepara al monarca para los proyectos de anexión en la Alemania del Norte: extraordinaria condescendencia de Napoleón y de qué manera es inducido á tolerar todas las ambiciones prusianas: irritación, sorpresa y desaliento del Sr. Drouyn de Lhuys.
- VI.—Dueña ya en la Alemania del Norte, Prusia tiene interés en no hacer á Austria irreconciliable: interés de ésta por la paz: preliminares de Nikolsburgo (26 de julio de 1866).—Los Estados secundarios: convenio de armisticio con los mismos.—Italia: espíritu de resistencia que prevalece en ella: continuación de las hostilidades: combate naval de Lissa: el gabinete de Florencia, después de hacerle oposición, se decide por el armisticio.
- VII.—Las compensaciones: en la situación de Francia y de Prusia esta política era tardía, quimérica y funesta.—Primeras entrevistas en Nikolsburgo.—Petición relativa á Maguncia: bajo qué influencia se hace esta petición: perplejidad de M. Benedetti: su comunicación al primer ministro prusiano: entrevista de nuestro embajador y del Sr. de Bismarck: éste rechaza toda cesión de territorio alemán: la petición es abandonada: de qué manera explota el Sr. de Bismarck para conquistarse la opinión pública alemana, atraerse Rusia y ejercer presión en los Estados secundarios del Sur.—El emperador, interrumpiendo su curación, vuelve de Vichy á Saint-Cloud: deplorable desorden de los negocios franceses.—Siguen las compensaciones: negociación oficiosa para la creación de un reino neutro en la orilla izquierda del Rin: extraña misión del Sr. Hansen y su completo fracaso.—El gobierno imperial ve obligado á buscar sus compensaciones en Bélgica: el Sr. de Bismarck y sus agentes habíanse dedicado en repetidas ocasiones á dirigir sobre este país las ambiciones francesas: nota encontrada en las Tullerías.—Demanda formulada por el señor Benedetti: proyecto escrito: déjase en manos de Bismarck.—Presentación del proyecto sobre las anexiones en la Alemania del Norte: tratados secretos con los Estados del Sur.—El Sr. de Bismarck puede renunciar á todo miramiento: fin de la política dilatoria.
- VIII.—La circular del 16 de septiembre de 1866.—Análisis de esta famosa circular.—A pesar de monstruosas aberraciones, tiene al menos el mérito de afirmar la política pacífica.—Cómo acaba el año 1866: mezcla de apaciguamiento y de preocupaciones.

#### I

El Sr. de Bismarck había deseado la ruptura. Lo que posteriormente pareció empresa de genio fué juzgado de momento temeridad. La burguesía estaba irritada y el pueblo atemorizado por los peligros de la guerra. El mismo ejército, constituído según reglas poco conocidas ó mal comprendidas en el extranjero, aparecía como una guardia nacional muy perfeccionada y apenas había hombre del oficio que no acogiese con cierta desconfianza todas estas novedades. Entre los militares, los que habían visitado Berlín no habían podido menos de sentirse impresionados por la silenciosa actividad del

Estado mayor prusiano, siempre en vela, siempre en busca de progreso, atento á apropiarse para la guerra todos los inventos aun los más pacíficos. Pero estas cosas se sospechaban más que se penetraban, y sea ligereza ó pereza, sea confianza en el propio valer, se esquivaban sin profundizarlas. Lo que se conocía daba la impresión de un gran saber, pero poco utilizable en las realidades de la vida de campaña y más propio para aminorar que para desarrollar la inspiración en un verdadero capitán. El arma misma de los prusianos, el fusil de aguja, despertaba alguna burla. Los más malévolos decían: «Ciencia prusiana, fusil de aguja, fallarán por igual en el campo de batalla.» Esta opinión, asaz exten-

dida en Europa, era muy general en nuestro país. Afianzabase por la grande estima que merecían las tropas austriacas, fieles, disciplinadas, sólidas, organizadas según los mejores métodos antiguos. ¿Cuáles no serían sus probabilidades contra el ejército prusiano? Así pensaba la mayor parte de nuestros compatriotas, y el eco de estas ilusiones se prolongaba hasta el palacio de las Tullerías.

Aun desprendiéndose de estos juicios, la obra de Prusia aparecía singularmente penosa, aunque sólo fuese por el gran número de puntos por donde era vulnerable. Al romperse las hostilidades debía hacer frente á tres enemigos á la vez: al Norte del Mein tenía que vigilar los cuerpos hannoverianos, hessenses, sajones; al Sur del Mein se armaban contra ella los contingentes movilizados de Baviera, de Wurtemberg y de Baden; en fin, en la frontera meridional, le amenazaba su grande enemiga Austria. Sin duda, la alianza italiana obligaría al emperador Francisco José á llevar hacia el Mincio una parte de sus efectivos; pero, aun con la ventaja de esta diversión, ¡cuán temibles no serían los ejércitos imperiales reunidos bajo el mando de Benedek, y que con un poco de audacia podrían desbordarse en Silesia, marchar quizás sobre Berlín! A todas estas preocupaciones uníase otro motivo de perplejidad. Cuando la doble querrela contra la Confederación germánica y contra Austria absorbía todas las fuerzas del reino, ¿convenía desguarnecer las provincias renanas? Más allá estaba Francia, y Napoleón se negaba á hablar. Su silencio, que no era más que el efecto de sus irresoluciones, tomaba desde fuera las apariencias de una profunda política que se revelaría á la hora más inesperada. ¿Cuál sería en caso de derrota el precio de su ayuda?, ¿en caso de victoria la última palabra de su arbitraje?, ¿en caso de éxito compartido la ley de su mediación? Nadie, aunque fuese tan penetrador como Bismarck, sabía cómo debía considerársele, si aliado ó adversario, si cómplice ó enemigo.

La fortuna había proporcionado los recursos de Prusia á la urgencia de sus peligros y á las necesidades de su grandeza. No se había detenido á medio camino de sus favores. Al lado del rey Guillermo había elevado á un político, el Sr. de Bismarck; para completar la política suscitó un soldado, el Sr. de Moltke. Conocemos al político. Lo que sigue va á mostrarnos al soldado. Pero ¿es justa la palabra soldado y responde á la fisonomía del personaje que hemos de describir en este relato? En el jefe de Estado mayor prusiano no hay nada del guerrero que arrastra, nada del capitán de repentinas intuiciones, nada del general que vive en medio del ejército. En él se inaugura un tipo nuevo, desconocido anteriormente: el del militar abstraído como un pensador, absorto como un geómetra, sin entusiasmo ó guardándose de dejarlo entrever, aislándose de las tropas para conducirlas mejor, y madurando en un perseverante estudio todo lo que se ejecutará en la fatiga de las largas marchas ó en el tumulto de los campos de batalla. A la manera de esos vigorosos jugadores de ajedrez que aun lejos del juego y por la sola tensión del pensamiento dirigen sus piezas, las empujan de casilla en casilla y se aseguran la victoria final, Moltke combina á distancia los movimientos, mide los obstáculos, descubre las intenciones del adversario, computa friamente el sacrificio

de vidas humanas y, á fuerza de cálculos, precisa de antemano el punto de concentración de los cuerpos separados, el sitio del combate, la hora de la victoria. Su rasgo dominante es la previsión, pero una previsión tan atenta, tan universal, que ningún genio sobreexcederla. Llevado á este extremo, el arte militar ya no es una ciencia aparte, sino la quinta esencia de todas las ciencias, sometidas para la destrucción. Todo le sirve de ayuda: la geografía, la etnografía, la mecánica, la química, las innumerables aplicaciones de la industria, y muy particularmente esos descubrimientos modernos que parecen haber sido hechos sólo para aproximar á los hombres y asegurarles un aumento de bienestar y de paz. El Sr. de Moltke iba á practicar antes que nadie este arte á la vez prodigioso y cruel. Y este mismo arte será el de las futuras luchas á menos que el progreso de la razón humana y la clemencia de Dios eviten para siempre á los siglos venideros todo lo que ha visto el nuestro.

El político y el soldado se completaron. Ayudándose el uno al otro, doblaron las fuerzas de su patria: bien claramente apareció en la decisión mezclada de prudencia que presidió á todos los preparativos de la lucha. Como los contingentes prusianos, por numerosos que fuesen, no bastaban para guardar todas las fronteras, las provincias renanas fueron desguarnecidas de tropas. La actitud equívoca de Napoleón hacía atrevido el plan; pero en toda gran empresa hay una parte de riesgo que no es permitido rechazar, una parte de temeridad que es una porción del genio. Antes de que se rompiesen las hostilidades, los cuerpos escalonados desde Maguncia hasta Colonia fueron enviados á los distritos orientales del reino. Sucedió, pues, que pesaron con todo su peso en la lucha contra Austria. Más tarde, en la seguridad del peligro conjurado, Bismarck confesó su osadía y se vanaglorió de ella como puede hacerse de una audacia coronada por el éxito.

Convenía que desde el principio de la campaña los Estados secundarios de la Alemania septentrional fuesen prontamente sometidos. Una acción militar de increíble rapidez desconcertó á esos débiles enemigos. El 14 de junio se había votado la movilización del ejército federado. Concedióse un plazo de doce horas á los príncipes para someterse y reunirse á Prusia. Los invasores estaban dispuestos, y los ferrocarriles iban á inaugurar un nuevo método de resultados imprevistos y rápidos. Como los soberanos se resistían á retractarse, Hannover fué ocupado el 17 de junio, Dresde el 18, Cassel el 19. El elector de Hesse fué trasladado á Minden y luego á Stettin. El rey de Sajonia se refugió en Bohemia, sin más preocupación que la de salvar su ejército y poner en lugar seguro las riquezas de la *Galería Verde*. En cuanto á los soldados hannoverianos, bajaron hacia Gottinga, procurando reunirse con los contingentes del Sur. En medio de ellos estaba su rey, príncipe ciego, ya anciano, pero con alma superior á su fortuna. Algunos días más tarde se empeñó la lucha entre el pequeño ejército y las tropas prusianas. En Langensalza los hannoverianos lograron un éxito, que fué para ellos como un reflejo de gloria en medio de sus infortunios. La ventaja no duró mucho, y dos días después tuvieron que capitular.

En el Norte toda resistencia estaba vencida. Durante

este tiempo se armaban los Estados del Sur lenta y metódicamente á la manera de la antigua Alemania. Bavaros, wurtembergueses, badenses, formaban todos juntos, siguiendo las denominaciones de la Dieta francfortense, el 7.º y el 8.º cuerpos del ejército federado. En el valle del Mein quedó un débil contingente para vigilar por aquel lado al adversario. Desde este momento, ejecutadas ó aplazadas las operaciones secundarias, todos los pensamientos se dirigieron hacia el gran enemigo, Austria.

El plan de campaña se reducía á una marcha ofensiva, dirigida con una celeridad desconocida hasta entonces. El Sr. de Moltke era de esos espíritus friamente impetuosos que, después de madurar largamente sus pensamientos, los ejecutan con una decisión sorprendente. Esta conducta era hábil, sobre todo, para con el Estado mayor austriaco, metódico, lento en sus movimientos, fácil de intimidar, atento á multiplicar las reservas hasta debilitar con exceso el cuerpo principal de acción, y que á menudo lo compromete todo á fuerza de no querer arriesgar nada. El ejército de operaciones, que llegaba á un efectivo real de 250.000 hombres, fué dividido en tres grandes cuerpos: á la derecha, *el ejército del Elba*, á las órdenes del general Herward de Bittenfeld; en el centro, el ejército del príncipe Federico Carlos, llamado también *primer ejército*; á la izquierda, el ejército de Silesia, designado con el nombre de *segundo ejército* y puesto á las órdenes del príncipe real (1). Estos tres cuerpos, reunidos en Sajonia y en Silesia, partiendo de puntos asaz distantes, debían realizar un movimiento concéntrico que acercándolos poco á poco los reuniría en Bohemia. La marcha no dejaba de ser aventurada, por la necesidad de caminar largo tiempo en masas separadas y también por el paso de montañas que ofrecería al enemigo numerosas ocasiones de ataque. No se abandonó al azar nada de cuanto pudo serle arrebatado. Si ningún suceso desfavorable venía á contrariar las combinaciones del general en jefe, el ejército del Elba debía ir á parar á Munchengröetz y servir de ala derecha al ejército invasor. En el centro el ejército del príncipe Federico Carlos desembocaría en Reichenberg y luego en Tourneau. En el extremo opuesto el ejército del príncipe real, constituyendo el ala izquierda y muy alejado de los otros dos cuerpos, debía llegar á Koeniginhof.

El 23 de junio el ejército del Elba y el del príncipe Federico Carlos atravesaron la frontera austriaca. Tres días después el príncipe real, desembocando de Silesia, penetró también en territorio enemigo. Al comenzarse las operaciones el telégrafo transmitió desde Florencia un enojoso mensaje. El 23 los italianos habían franqueado el Mincio. Más allá del río vivaqueaban los austriacos, recién salidos de Verona, á los cuales mandaba el archiduque Alberto, hijo del famoso archiduque Carlos que por un instante había hecho vacilar la fortuna de Napoleón. El 24 se empeñó la batalla cerca del pueblo de Custozza, nombre que era fatal al Piamonte. Los imperiales alcanzaron una victoria brillante, la noticia de la cual despertó en Berlín una impresión llena de zozobra. No era solicitud para con el aliado del

(1) Algún tiempo después, el ejército del Elba, aunque conservando su existencia distinta, fué subordinado al príncipe Federico Carlos.

Mediodía, del cual se preocupaba poco; pero surgió la aprensión de que Austria victoriosa no se contentase con guardar el cuadrilátero y destacase hacia el Norte una parte de sus fuerzas. Sucedería entónces que los ejércitos del rey Guillermo sufrirían en Bohemia las consecuencias del revés experimentado en el Mincio.

Un aumento de actividad prevendría este gran peligro. No se perdió un solo día. Cuando los austriacos vieron desembocar de los desfiladeros las columnas prusianas, se sintieron confundidos, y esta extraordinaria audacia les impresionó como un presagio. Intentaron contener la oleada de enemigos que se desbordaba sobre su patria, y empeñáronse una serie de combates parciales en Hünnerwasser, en Podol, en Munchengroetz, en Gitschin, contra el ejército del Elba y el del príncipe Federico Carlos; y en Trautenau, en Soor, en Nachod, en Skalitz, en Schweinschädel, en Koeniginhof, contra el ejército de Silesia. Todos estos combates, salvo el de Trautenau, fueron desfavorables á las tropas imperiales. A fin de junio todo el ejército prusiano, aunque desplegándose en un frente demasiado extendido, estaba establecido en Bohemia. El ejército del Elba estaba en Munchengroetz; el príncipe Federico Carlos acampaba en Gitschin y Horitz; en el ala izquierda, en fin, entre Neuschloss, Koeniginhof y Gradlitz, vivaqueaban los regimientos del príncipe real.

Cuanto habían sido largas las negociaciones que precedieran á la ruptura, tanto la guerra se precipitaba á su desenlace. De un extremo á otro de Europa la sorpresa era inmensa. En vano se buscaba el plan de Benedek, que parecía como atontado ante la rapidez de la invasión. La opinión pública empezaba á irritarse y se mostraba tan pronta á acusar al general cuanto lo había sido á suponerle genio. Los despachos llegados de Bohemia en ninguna parte eran esperados con mayor curiosidad que en Francia. Los procedimientos de Prusia con respecto á los pequeños Estados, sus primeros actos á los comienzos de la campaña, habían revelado en ella ambiciones y fuerzas sólo sospechadas hasta entonces. En las clases elevadas no se disimulaban las simpatías para con Austria.

El 30 de junio el rey Guillermo salió de Berlín como para asistir á la acción decisiva preparada por sus lugartenientes. El 2 de julio estaba en Gitschin, en medio de sus regimientos. La concentración era completa, salvo por lo que respecta al ejército del príncipe real, que estaba todavía lejos. Todo contribuía á levantar los ánimos, el terreno ganado al enemigo, el resultado de anteriores encuentros y la triunfal prueba del fusil de aguja. Todo lo que era motivo de confianza para los prusianos se transformaba para los imperiales en motivo de inquietud. Sentíanse rechazados á través de su propio país; se asustaban de la inferioridad de sus armas, de tiro menos rápido; seguían las órdenes de sus jefes sin que apareciese á sus ojos ninguna combinación de conjunto. En el Estado mayor general se notaban los primeros signos de confusión, y en aquellos mismos días se hizo público el desorden por ruidosas desgracias. A creer los relatos austriacos, Benedek era el más abtido. El 1.º de julio telegrafiaba á Francisco José: «Suplico á V. M. que firme la paz á toda costa. Es inevitable una catástrofe.» «La paz es imposible,» contestaron desde Viena. Entónces fué cuando el comandante en

jefe, recobrando su sangre fría y un poco de confianza, se decidió á aceptar la batalla que debería salvarlo ó perderlo todo.

Esta se libró el 3 de julio. Comenzó cerca del pueblo de Sadowa, y por esto así se la denomina. No pertenece á nuestro país más que por sus consecuencias políticas, las cuales, á la verdad, fueron incalculables; se debatió nuestra suerte sin que nuestra bandera ondease sobre el campo de la acción. Las fuerzas numéricas, próximamente iguales por ambas partes, sobreexcedían en cada una de 200.000 hombres, cifra jamás alcanzada en las batallas modernas, si se exceptúan las jornadas de Leipzig. De todos los aliados de Francisco José sólo los sajones en unión con los imperiales tomaron parte en la lucha. Los austriacos resistieron por largo espacio de tiempo, esforzándose por compensar con los más nobles esfuerzos individuales la inferioridad de sus armas y la insuficiencia del mando. Más allá de Sadowa, y sobre todo en el bosque de Benateck, libráronse encarnizados combates llenos de peripecias sangrientas y de episodios heroicos. Quizás en aquel momento una vigorosa ofensiva de Benedek hubiera podido salvarlo todo. A media mañana reinaba cierta ansiedad entre los que rodeaban al rey Guillermo: ya no se avanzaba y en algunos puntos parecía ceder la línea de batalla. Sin embargo, se había dado al príncipe imperial, cuyo cuartel estaba en Koeniginhof, la orden de acudir en auxilio del resto del ejército. La distancia que debía recorrer era larga, y además difícil la marcha por entre espesos trigos y por tierras empapadas á causa de las recientes lluvias. Hacia las once aparecieron los primeros cuerpos en dirección Nordeste, del lado de Choteborek: las otras divisiones fueron llegando aunque á intervalos bastante largos. Los prusianos conquistaron la posición dominante de Chlum y luego se apoderaron de Rosberitz y por fin de Lipa. Desde aquel momento se desvanecieron las últimas probabilidades que Benedek hubiese podido tener al principio de la jornada. Arrollada su ala derecha por el príncipe real, los austriacos tenían al mismo tiempo rechazada su izquierda por el ejército del Elba. La retirada empezó protegida por la caballería y en especial por la artillería, que se portó admirablemente. El ejército vencido se dirigió hacia Königgrätz. La marcha, que al principio se realizó en buen orden, se trocó luego en verdadera desbandada. Por la noche los fugitivos (no podía dárselos otro nombre) llegaron á orillas del Elba: el paso se efectuó en medio de la mayor confusión. Sobre el campo de batalla que acababan de abandonar los austriacos dejaron más de 20.000 muertos ó heridos y un número igual de prisioneros. Las pérdidas de los vencedores fueron 10.000 hombres aproximadamente. Al siguiente día Benedek intentó reunir sus tropas, replegando sus restos hacia Olmütz.

## II

Los últimos días no habían transcurrido sin inquietudes en el palacio de las Tullerías. Explicábase mal la conducta de Benedek. Mensajes llegados de Viena habían revelado cierta angustia. El 3 de julio, á la misma hora en que se libraba la batalla, Napoleón recibió al Sr. de Goltz. Como éste mostrase confianzas de una

próxima victoria para su país: «Espero, repuso el soberano, que Austria no será amenazada en su existencia;» añadiendo luego, como para recomendar de antemano moderación y como si quisiese recordar sus servicios: «No ignoráis que el gran papel jugado por Prusia no hubiese sido posible sin mi neutralidad.»

El día 3, á hora muy avanzada de la noche, llegó la gran noticia á la embajada de Prusia, siendo confirmada luego por un despacho del Sr. Benedetti. El 4 se conoció en París, en donde muy pronto la sucesión de telegramas patentizó la importancia de la catástrofe: no se trataba solamente de una derrota, sino de un desastre, de un desastre tal que para encontrar otro más terrible había que remontarse á los días de Jena.

¿Cuáles serían las consecuencias del acontecimiento? No podían medirse todavía, pero se sintió que algo acababa de romperse sobre el suelo de la vieja Europa.

Lo que en el público era inquietud, tenía carácter de cruel perplejidad en los que rodeaban al soberano. Neutralidad atenta, aspiraciones nacionales, configuración más armoniosa de los Estados, todas las presuntas ampulosidades de la retórica napoleónica se aplataban como globos deshinchados. Todo lo que se había diferido resolver, sea por espera fatalista de los acontecimientos, sea por miramientos de una política que se creía profunda, habría que decidirlo no dentro de algunos días, sino en seguida, y de la decisión que se tomase dependería por un dilatado porvenir la humillación ó la seguridad.

En la mañana del 4 de julio, bajo la impresión de la derrota, se celebró en Schoenbrunn una conferencia á la cual asistieron el emperador Francisco José, el rey de Sajonia, llegado al ejército durante la noche, el conde Moritz-Sterhazy, y también el Sr. de Beust, quien ha referido la escena en sus *Memorias* (1). Una habilidad, sin ser muy refinada, hubiera dictado su política á Austria. De los dos enemigos coligados contra el imperio la verdadera prudencia consistía en desarmar al más fácil de satisfacer, ó sea Italia. Una concesión no implicaría deshonra alguna, habiendo sido los imperiales los vencedores á orillas del Mincio. Además el éxito era asaz probable, ya que los dos aliados alentaban recíprocas sospechas y estaban unidos solamente por la ambición. El Véneto, ya sacrificado antes de la guerra, sería el precio de la neutralidad, que se esperaba conseguir en Florencia. La cesión se haría en provecho de Napoleón, quien se entendería luego con Víctor Manuel: el procedimiento tendría la doble ventaja de evitar que en Viena se manifestasen las susceptibilidades de la corte y del ejército y de comprometer á Francia á que abrazara el partido de Austria. Aligerados de la carga de Venecia, los imperiales podrían dirigir todas sus fuerzas hacia el Norte; pero ¿llegaríase á ese extremo? En Schoenbrunn complaciábase en la espera de una solución mejor. A la cesión del Véneto se añadiría una demanda de mediación dirigida al emperador de los franceses. Si esta mediación conducía á una paz aceptable, Austria podría felicitarse de no haber pagado muy cara su derrota. Si, por el contrario, era imposible la paz, la lucha, concentrada enteramente en Bohemia, no

(1) Véase tomo II, págs. 8-9.

quedaría sin probabilidades de revancha. El telegrama que formulaba esta combinación asegura Beust que fué retenido varias horas por la Cancillería austriaca. No llegó á París hasta el anochecer.

Si lo extraño de las coyunturas no hubiese agotado todos los motivos de sorpresa, esta comunicación la habría producido. Lo que se pedía á Napoleón era que deshiciera con sus propias manos esta alianza pruso-italiana que tres meses antes se había empeñado en formar; pero considerábase al Sr. de Metternick como ignorante de esta complicidad. En cuanto al monarca francés, se sentía por demás abrumado por los acontecimientos y buscaba una salida cualquiera que fuese. El papel de mediador le ofrecía, por otra parte, una revancha para su amor propio, acaso un beneficio pequeño ó grande para su país. Llevado de este espíritu, el soberano aceptó con benevolencia muy compasiva las sugerencias austriacas. La noche misma redactó dos despachos. El primero, dirigido al rey Guillermo, empezaba felicitándole por su brillante victoria, y luego, como para recordar que no había renunciado á toda influencia, añadía: «Estos resultados extraordinarios me obligan á salir de mi abstención.» «El emperador de Austria, continuaba, me anuncia que me cede el Véneto y que se halla dispuesto á aceptar mi mediación.» Seguía á esto un llamamiento, más que cortés, afectuoso, á la magnanimidad del rey y á su amor por la paz. El despacho terminaba con la petición de un armisticio que facilitase la apertura de negociaciones. En cuanto al segundo telegrama, no salió hasta más tarde y muy entrada la noche. Iba destinado á Víctor Manuel, y en él, no pudiendo hablar de victorias italianas, el emperador recordaba con marcado buen deseo las ocasiones que el ejército había tenido de mostrar su valor; mencionaba la doble proposición de Austria para la cesión del Véneto y para una mediación francesa, y dejaba entender que en lo tocante á Venecia un arreglo muy fácil con Francia permitiría á Italia alcanzar honrosamente el objeto de sus aspiraciones. Napoleón terminaba con las siguientes palabras: «Escribo al rey de Prusia, como lo hago á Vuestra Majestad, para ofrecerle la conclusión de un armisticio preliminar de las negociaciones de paz.»

Para ser del todo inteligibles estos telegramas hubieran necesitado un comentario: Napoleón ofrecía su mediación á los beligerantes; pero ¿á qué precio?, ¿con qué condiciones?, ¿con qué segundas intenciones? ¿Sería un intermediario oficioso que sufriría que no fuese atendido su parecer?, ¿ó, por el contrario, un mediador dispuesto á transformarse en árbitro, y en árbitro pronto á empuñar la espada?

Ahí estaba para el soberano el gran motivo de incertidumbre, y para sus servidores el gran motivo de descontento.

En esta terrible perplejidad fué convocado un consejo para el día 5 de julio. Mucho antes de la hora de la conferencia, el Sr. Drouyn de Lhuys, que dirigía entonces las Relaciones extranjerías, tuvo una entrevista con el soberano. La unión con Austria era el fundamento de toda su conducta. Anteriormente durante la guerra de Crimea, había consagrado todos sus esfuerzos en cimentarla, y no pudiendo lograrlo, había renunciado á su cargo. Vuelto al poder después de un largo retiro, sostuvo de nuevo el mismo programa, y durante

toda la última crisis se ingenió por inclinar hacia Viena la política de su soberano. Este trabajo proporcionó crueles desengaños. Aunque educado en las sanas tradiciones diplomáticas, no poseía en ningún grado el genio que se impone. Además llevaba el peso de esta situación falsa en que se agostaron, bajo Napoleón III, todos los ministros de Negocios extranjerías. ¡Cuántas veces no sintió una diplomacia oculta que contrataba la suya! Y cuando se remontaba al origen de estos secretos manejos, sus indagaciones le conducían casi al gabinete del monarca. Por precaria que fuese esta condición, el Sr. Drouyn de Lhuys se lisonjeó de que los ojos del emperador se abrirían á la gran luz de los acontecimientos. Enardeciéndose como no lo había hecho hasta entonces, propuso toda una serie de decretos, á saber: la convocación del Cuerpo legislativo, la presentación de un proyecto de empréstito, la reunión de un ejército de observación en la frontera del Este. El mariscal Randón, á quien acababa de ver, decía, se comprometía á reunir inmediatamente 80.000 hombres, sin perjuicio de los armamentos ulteriores. Estas medidas, observaba el ministro, permitirían no solamente predicar la moderación á Prusia, sino imponérsela. Si hemos de creer las confidencias que en lo sucesivo escaparon más de una vez al Sr. Drouyn de Lhuys, el emperador, lejos de combatir estas resoluciones, pareció prestarles su adhesión, y aun se convino que se publicaría el día siguiente en el *Monitor* una nota afirmando esta política, redactada por el gabinete del emperador.

El consejo se abrió bajo estos auspicios. Acerca de esta memorable conferencia han corrido toda clase de rumores contradictorios, y al presente es difícil aún asignar con certeza á cada uno de los actores la parte de responsabilidad que le corresponde. A la reunión asistían la emperatriz, tanto más activa cuanto más decaía el emperador, y febrilmente preocupada por el trono de su hijo; el Sr. Rouher, entonces en la cúspide de su valimiento y consultado acerca de toda la política general; el Sr. Drouyn de Lhuys, que se lisonjeaba de tener de antemano inclinado á su favor el espíritu de su amo. No cabe dudar que el mariscal Randón, ministro de la Guerra, tomó parte también en la deliberación y se asoció completamente al ministro de Negocios extranjerías: sin embargo, es de lamentar que las *Memorias* publicadas por él más tarde sean muy sobrias de detalles acerca de su intervención. En cuanto al príncipe Napoleón, no estuvo presente en la entrevista, y cualesquiera que fuesen sus sentimientos, que no disimulaba, erróneamente se le ha atribuido á menudo un papel en esta famosa jornada. No faltaban buenas razones para una política resuelta. Informes muy dignos de crédito, cuya exactitud debía confirmar el porvenir, atestiguaban que el gobierno de Berlín había concentrado todas sus fuerzas hacia Bohemia, no dejando á orillas del Rhin más que una débil línea de tropas. Aunque muy castigada por una gran derrota, Austria no estaba aniquilada, y con la perspectiva de un auxilio, volvería sin duda á levantarse. Los contingentes de los Estados del Sur estaban casi intactos y prontos en aquel momento á echarse en brazos de cualquiera que les salvase de Prusia. A Italia la desarmaría quizás la cesión del Véneto; en todo caso, estando satisfecha, sostendría débilmente la lucha, sobre todo si entreveía